



Juan José de Jáuregui y Mendoza
(1882-1938)

FORENSE DEL CRIMEN DE CUENCA

Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui

© Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui
© Editorial Reus, S. A., para la presente edición
C/ Rafael Calvo, 18, 2º C – 28010 Madrid
+(34) 91 521 36 19
Fax: +34 91 445 11 26
reus@editorialreus.es
<https://www.editorialreus.es>

1.ª edición REUS, S.A. (2018)
ISBN: 978-84-290-2037-3
Depósito Legal: M-4479-2018
Diseño de portada: Amanda Guglieri
Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: Ulzama Digital

Editorial Reus no responde del contenido de los textos impresos, cuya originalidad garantizan los autores de los mismos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de Editorial Reus, salvo excepción prevista por la ley.

Fotocopiar o reproducir ilegalmente la presente obra es un delito castigado con cárcel en el vigente Código penal español.

JUAN JOSÉ DE JÁUREGUI Y MENDOZA
(1882-1938)
FORENSE DEL “CRIMEN DE CUENCA”

Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui

REUS
EDITORIAL

Madrid, 2018

PRÓLOGO

Con la obra que hoy tiene el lector en sus manos culminé hace meses *mi proceso de desenojo* con respecto a mi abuelo materno Juan de Jáuregui y Mendoza. Nadie -bueno, sí; hubo alguien, o algunos, lo expondré- tenía la culpa de mi monumental disgusto. Consistía éste en que no llegué a conocerle. Como nada es factible contra las jugarretas del destino, poco puedo objetar a que él muriera en 1938 (joven, pues sólo tenía 56 años) siete años antes de que a mí me nacieran. Pero siempre me había molestado y mucho que en nuestras casas (las de mis primos hermanos, la mía) no se pudiera hablar de él, de su vida, de sus circunstancias, de sus logros, de sus desgarros y desgracias (dos hijos suyos murieron muy jóvenes, como se narra en el texto), o incluso que, por la presión política sobre los familiares de quienes honestamente habían sido republicanos durante el período 1931-1936, en casa de éstos, y por puro temor a represalias, se hubieran roto papeles, fotos, rastros o huellas de una vida y con ello la posibilidad de recomponerla más tarde.

Eso ha sido, justamente, lo que más me ha motivado para escribir esta historia, valiéndome de lo poco que estaba a mi alcance, procedente de la tradición oral de mi casa, de restos que aún quedaban en manos de las hijas del Dr. Jáuregui; y de investigaciones propias sobre el personaje y la época que le tocó vivir.

Había, en el citado enfado, algún ingrediente complementario que deseo reseñar. El abuelo no salía bien parado en la versión cinematográfica que en 1979 se hizo sobre el *Crimen de Cuenca*, a pesar de que la familia ofreció colaboración, que se desoyó, para que las cosas se acomodasen a sus justos términos. Creo que es más honesta y verídica la que aquí doy acerca de los entresijos de dicho crimen, en el cual a mi abuelo le correspondió el papel de *médico forense*.

De tal historia para D. Juan de Jáuregui, según aquí se cuenta, se derivaron dos consecuencias de enorme peso, sobre todo moral y vivencial: por un lado, obtuvo -a instancias de los Colegios de Médicos de España- el reconocimiento profesional y social por dicha intervención, que logró que a los

condenados Valero y Sánchez no les aplicasen el garrote vil por la supuesta muerte, entre los pueblos conquenses de Osa de la Vega y Tresjuncos, del desaparecido pastor Grimaldos, que se esfumó en agosto de 1910. Por otro, una acusación por delito de falsedad en documento público, de la cual finalmente salió mi abuelo con todos los pronunciamientos favorables allá por abril de 1935, pues quedó demostrado que él no certificó que a esos presos Valero y Sánchez la Guardia Civil les había tratado con guante blanco. Nunca dijo el Dr. Jáuregui -sino todo lo contrario- que no se hubiesen utilizado torturas para conseguir una confesión de los acusados.

La figura del aquí novelado (su vida, en sustancia, se corresponde con lo escrito; no obstante, hay elementos secundarios o de índole menor que cobran realidad por mi pluma sólo) es proteica, rica en matices y se nos muestra a caballo del Circo Price, de sus preocupaciones de hombre liberal, sin duda transitoriamente masón, de su vida familiar, de las vicisitudes de la puesta en funcionamiento del Metro de Madrid, de sus tertulias con personajes que aparecían por el Café Castilla en la madrileña calle de las Infantas.

Era un hombre bueno, sensible, socialmente avanzado, cariñoso, leal, elegantemente barbado, risueño si no le acuciaban las enfermedades y muerte de los más cercanos de su parentela, generoso, estudioso, con ojo clínico y buen hacer profesional.

Se me ha quitado el enfado. He pergeñado estas páginas con respeto, admiración, cariño y solo las estrictamente necesarias veleidades literarias. No creo haber empañado, con el uso de tales licencias, ni un ápice de la personalidad de mi abuelo materno y de su paso por la tierra. Espero que el lector secunde esa impresión mía.

NICOLÁS PÉREZ-SERRANO JÁUREGUI

*Doctor en Derecho, Letrado de las Cortes,
duodécimo de los nietos del Dr. D. Juan de Jáuregui y Mendoza*

Madrid, julio de 2017

PRIMERA PARTE
ORÍGENES. ESTUDIOS
1882-1904

I. Coetáneos. Propósito

Casi al tiempo que Don Juan, en todo caso en el mismo año que él, 1882, nacen escritores como Virginia Wolf y James Joyce, políticos como Franklin Delano Roosevelt, pintores como Georges Braque y músicos de la talla de Stravinski o Turina. Todos ellos dejaron impronta de larga repercusión por su quehacer, cada uno en una rama de la actividad humana. Aunque sea relativo eso de la huella, todo hay que decirlo, pues todos nos perdemos en la inmensidad del tiempo y de la multitud de la época en que nos toca vivir.

En todo caso, tenemos claro el paso de Don Juan por la vida, y eso es lo que se nos ha sugerido que contemos, deteniéndonos en algunos episodios que nos hagan llegar lo más relevante del personaje. No se trata de una biografía, ni tampoco de una novela, sino de un conjunto de relatos en que nuestro doctor aparece junto a seres familiares, a gentes de su generación o coetáneos, incluso a animales que merecen tener nombre propio y que con él se relacionaron a lo largo de los cincuenta y seis años que vivió. Sería, así, una crónica parcial, un tanto novelada, de sus pasos en la tierra.

Cuanto se contiene en las páginas que siguen tiene sustento histórico, ajustado casi siempre al momento en que ocurrió, prácticamente sin licencias propias de la imaginación. Lo cual no quiere decir que las cosas pasaran exactamente como aquí se narran. Cada viñeta tiene añadidos, que cuadran, eso sí, con las circunstancias del momento y con la idiosincrasia de los protagonistas.

Se ha pretendido, pues, seguir la senda del rigor, poco acomodaticio y por ello más difícil de lograr que una narración libre, no sujeta a reglas (que nos han parecido infranqueables) en aras de una honestidad derivada del propio retratado.

Predomina en la narración un aire desenfadado. Eso ha querido, al menos, la voz que habla, pues tal enfoque, en la mayoría de los casos, se desprende

del calor humano del mismo personaje, que no deja de mostrársenos como un ser entrañable. No es que fuera un tipo humanamente ideal, o perfecto, sin defectos. Pero el no haber optado por una biografía al estilo clásico nos ha permitido centrar el foco de atención en lo que más nos interesaba de nuestro doctor, no todo lúdico, desde luego. Hay páginas de tragedia, consternación y mucho dolor, pero todo ello es narrado sin poner acento especial en los aspectos negativos de su figura.

Destaquemos que el marco histórico en que la historia se desenvuelve ofrece momentos de auténtico interés. El haber sido el Doctor Jáuregui el forense del muy traído y llevado “crimen de Cuenca”, o el convertirse en médico a sueldo del Circo Price durante decenios contribuyen, sin duda, a lograr que suceso y personaje se envuelvan recíprocamente, dándose luz mutua.

II. Madrid refugio de carlistas

Esta historia, como verá el lector que complete la aventura de adentrarse en sus páginas, va a saltar de un sitio a otro —no muchos, en todo caso, ya lo advertimos desde un comienzo—, pues su acción se desarrollará en diversos lugares, en varias provincias de España. Tendrá como escenario principal su capital, Madrid, pues allí acaecerá gran parte, quizá la mayor, de las peripecias de nuestro protagonista. Es él un doctor de apellidos vascos, y que responde a la denominación de origen “Juan José de Jáuregui y Mendoza”: tres jotas que resuenan a jamón del bueno, suficientemente curado. Lo de curado viene también a cuento: lo veremos, pero ya lo adelantamos. Don Juan es doctor; es decir, se dedica a *curar*, para lo cual, digámoslo sin tapujos y desde el inicio, hay que estar, a su vez, curado de *espantos*, expresión gráfica que, si no fuera porque al lector le puede resultar excesivamente erudito presentar al personaje con juegos de palabras, diríamos cuadra bien con no hacer *aspavientos*: efectivamente, el médico no se puede ni se debe extrañar de la enfermedad, ni menos aún mostrarse descolocado ante quien la padece, o sea, su cliente, ese que acude en busca de remedio y no espera que su doctor se mese sus cabellos por serle desconocidos los síntomas o el tratamiento a aplicar.

A todas estas, esas señas de identidad aludidas requieren algún dato complementario que nos ubique mejor a nuestro galeno. Es ésta, como hemos enunciado desde un principio, una historia real, en torno a una persona de carne y hueso y que nació en Madrid. Eran las diez horas de la noche de un también diez del calendario del mes de que se trata, a saber, junio de mil ochocientos ochenta y dos.

Tras el fracaso de Amadeo de Saboya, la brevísima I República y el subsiguiente golpe de Estado, ¡cómo no! a cargo de militares, reina en España la

Monarquía restaurada por Cánovas y otros políticos de finales del siglo XIX. Se turnan en el poder conservadores y liberales/progresistas. Unos y otros se esfuerzan por dar vigor a un sistema político, de una democracia restringida, alentada por las clases altoburguesas, y plasmado en la pactista Constitución de 1876. Este Texto, dicho sea de pasada y dando por bueno que sí se intentaba en serio, no había logrado enervar (que, por cierto, en sus dos primeras acepciones, significa debilitar, no “poner nervioso”, que figura como tercera entrada) las desigualdades sociales, de una enorme envergadura a la sazón. Isabel II tuvo que irse al exilio en 1868, pero ahora es su hijo, Alfonso XII, el que ocupa el trono. Nuestros borbones, oriundos de Francia, siguen, tras casi dos siglos, asentados en la poltrona cuando nuestro personaje ve la luz.

Dice la partida de nacimiento que Don Juan vino al mundo en la madrileña calle del Barco, número 38, piso 2º derecha. El Registro civil ya existía en España desde la Ley de su creación en 1870, y ante su encargado compareció el padre del neófito, Tomás Jáuregui, natural de la capital, casado, “Doctor en Medicina y Cirugía”, el cual declaró que el hijo era legítimo suyo y de su esposa D^a. María Natividad Mendoza, también madrileña, ambos mayores de edad. Se reseñaban también los demás datos de parentesco: el niño, por línea paterna, era nieto de Don Paulino Jáuregui y de D^a. Manuela Echave (él natural de Lazcano, Guipúzcoa; ella de Guetaria, también Guipúzcoa), y por la materna de Don Juan Mendoza y de D^a. Josefa Napal (él oriundo de Vadecondes, Burgos, y ella de Navarra). Al niño se le pusieron los nombres de Juan José, Paulino y Restituto.

A todo ello debemos añadir una mera suposición: las familias Jáuregui/Echave y Mendoza/Napal hace tiempo que emigraron a Madrid desde Guipúzcoa, Navarra y Burgos debido a sus lazos ideológicos, acaso incluso a su militancia activa dentro de las filas carlistas. Fruto de ello es que en algún momento se les impuso la necesidad de abandonar territorios, armas y bagajes, y buscar mejor fortuna, o al menos algo más de tranquilidad, entre la población de aluvión de Madrid, que a la sazón acogía a unos y a otros, sin preguntarles su credo, su adscripción política, su ideario o su forma de ganarse la vida.

Y es asimismo verdad que en plena infancia suya fallecen los padres de Don Juan, jóvenes incluso para la época. Tan luctuoso evento no sucede, sin embargo, sin antes haber dejado Don Tomás su impronta galena sobre su hijo varón.

No era, en todo caso, un tipo de familia lo que se dice acaudalada o del todo acomodada: cierto es que el abuelo Paulino llegó a ser —se había mudado a Madrid en 1843— confitero propietario de un tienda situada en Horno de la Mata número 13, que en ella empleaba a dos dependientes confiteros, según reza el Padrón de los años 1849/50, y que vivió en el número 12 de la Plaza de Santo Domingo. Del matrimonio Jáuregui/Echave nacieron dos

hijos Tomás y Javiera: Tomás llegó a ejercer como médico en Guetaria un par de años antes de nacer su hijo Juan, y Javiera se casó luego con un boticario, ejerciendo como tal en campo de Calatrava; serán el boticario Javier González y su mujer, Javiera Jáuregui, quienes acogerían a su sobrino D. Juan (y a su hermana Manolita) cuando sus padres fallecieron. Pero, aun con todo y con eso, puede decirse que todos ellos no tenían bienes de fortuna. Sí lograron —y no era lo corriente en la época— entroncar con la Universidad y conseguir alguna Licenciatura tras unos estudios previos, con rigurosos esfuerzos provenientes de sus progenitores, con una clara preterición de las féminas respecto a los vástagos varones, y con una curiosa mezcla en el sentir y en las ideas, pues elementos ideológicos carlistas se conjugaban inextricablemente con aspectos educativos y de formación netamente liberal.

Don Tomás, padre de nuestro protagonista, lo hizo saber claramente a sus deudos: quería que su hijo Juan estudiara en las Escuelas Pías de San Antón, situadas en la madrileña calle de Hortaleza y, por tanto, no lejos de donde vivían al nacer Don Juan, en el tramo final de la calle del Barco. Y dejó una manda concreta: algo de dinero para subvenir a los gastos que de ello se derivasen para quienes ejercieran la tutela sobre los hermanos huérfanos Juan y Manolita Jáuregui Mendoza.

España, cuando nace Don Juan, había sufrido tres guerras carlistas 1833-1840, 1846-1849 y 1872-1876. Todas ellas no solo produjeron víctimas en los dos bandos contendientes y un enorme desgaste dinástico, que permanentemente planteó recelos y luchas intestinas dentro de la Monarquía, sino también migraciones más o menos veladas y exilios interiores cuyas secuelas padecieron cientos o miles de españoles, obligados a abandonar sus regiones de origen, a deambular por el resto de nuestra geografía. Sí. Madrid se convirtió en refugio de carlistas, que hubieron de esconder sus borladas boinas rojas y adaptarse a las exigencias de una capital desconocida y a unas costumbres no siempre bien aceptadas. Una vez dentro, eso sí, Madrid los engulló, literalmente, si bien no por ello se mostró hostil hacia sus nuevos huéspedes. La memoria crítica no recuerda que hubiera *bandos* de exclusión contra ellos, ni especiales prohibiciones, ni signos externos de rechazo, al menos oficial. Madrid sería la tierra natal de sucesivas generaciones de gentes de la emigración carlista, por mucho que los apellidos vasco-navarros delatasen el origen de sus ancestros. Incluso la integración sería plena pasados unos años. En ese sentido habría que gritar un sentido, agradecido y emocionado ¡hurra por Madrid!, al que sin duda se sumaría la mayoría de las voces de esos vasco/madrileños o navarro/madrileños.

Dice, decían, alguien dijo que carlista era animal de cresta roja, procedente de las montañas de los territorios vasco-navarros y que, previamente confesado y comulgado, ataca al hombre. Como cualquier definición, acierta

en algo y yerra en mucho. Dejo al lector que averigüe la proporción. En todo caso lo que sí resulta evidente es que la Capital se caracterizó siempre por su gran señorío al respecto, por mostrarse receptiva y acogedora. Y, en gran medida debido a ese carácter, los muchos apellidos vasco-navarros de Juan y Manolita no quitarán un ápice a su madrileñismo, incluso a su casticismo, a su integral españolidad.

Pero vayamos ya a contar algo que les atañe más de cerca, a alguna vivencia muy personal, pues esa es la tarea que se nos ha encomendado, como “escritores de fortuna”, si se nos permite la apropiación de una expresión que procede de la milicia a sueldo y por interés de terceros. El encargo es honroso, pues, por lo que nos han contado y hemos averiguado por nuestra cuenta, el personaje lo merece y, lo creemos de verdad, interesará a cualquiera que quiera saber más de estos Jáuregui (= palacio) Mendoza (= monte antiguo) a quienes no sin respeto y un poquito de orgullo también dedicamos estas páginas.

III. En las Escuelas de San Antón

Cuando llega allí don Juan, las Escuelas ya han tenido alumnos de relumbrón en sus aulas. Durante la dominación francesa, en la época en que a comienzos del diecinueve estaba invadida la Península por la bota de los ejércitos napoleónicos, nada más y nada menos que *Víctor Hugo*, el dramaturgo galo, junto con su hermano Eugène, anduvo y recorrió los pasillos de la residencia religiosa de los Escolapios en Madrid, que los ocupantes de más allá de los Pirineos, y al menos de 1811 a 1813, habían convertido en un “seminario de nobles”. Será historia lejana, pero no deja de tener sus tintes curiosos, y que nos ofrecen muchos datos para la reflexión.

Tan pronto estuvo Don Juan en edad escolar, allí le mandó su padre, el galeno Tomás Jáuregui. El conjunto era imponente. Y los Escolapios también. Imponían sobre todo rigor. Silencio en los pasillos. Recogimiento y fervor en cuantos actos de culto —muchos, y cada día desde muy temprano en que sonaba la campana— se celebraban a lo largo de la jornada, y cuya asistencia no solo era obligatoria formalmente, sino desde el espíritu con el que tenían que estar revestidos todos los escolares cuya formación se les había encomendado.

Una manzana entera, delimitada por las calle Hortaleza, Santa Brígida y Farmacia, alberga todas las edificaciones, en las que sucesivamente fueron dejando su peculiar impronta artistas de renombre como Ribera, Ventura Rodríguez e incluso Goya, que pintó para la iglesia el cuadro de la última comunión de San José de Calasanz. Aunque, a decir verdad, a Don Juan, nuestro futuro médico, y acaso con síntomas premonitorios, lo que le causaba

una admiración pavorosa o un pavor admirativo eran, sí, nada más y nada menos, que los huesos de San Valentín. Eran reliquias que llegaron al recinto como obsequio de un Papa a nuestro rey Carlos IV, que, a su vez, lo donó a los Escolapios, para que éstos los expusieran a la general veneración. ¿Halló D. Juan en ellos inspiración, tanta como para provocarle y decantar, así, su futura vocación? Cierto es, en todo caso, que las diversas formas, longitud y espesor de esos huesos se le aparecían y le venían a la memoria cada vez que daban ejercicios espirituales y les hacían pensar en la muerte y en el *pulvis eris et in pulverum reverteris*. El polvo, escatológico en sí, a él ya le sonaba a algo conocido, visible y que tenía dimensiones identificables, aun a la corta edad del alumno Jáuregui.

Largos corredores. Patios acristalados por donde rugen no pocos vientos. Algún recreo. Severidad en la enseñanza. Fórmulas memorísticas de aprendizaje. Mucha religión. Dictados a todas horas. Picardías compartidas. No demasiadas risas. Uniforme que, a pesar de las faenas diarias, había que mantener impoluto a todo trance. Castigos ejemplares para los infractores de las incontables reglas, de conducta, urbanidad y de moral. Todo ello formaba un magma común, opresor las más de las veces, de cuantos se sentaban en las aulas del colegio. Había pocos ratos dedicados al ocio o a la diversión, espacios, desde luego, desarrollados bajo la atenta y por lo general poco cordial vigilancia de un hermano cubierto de sayón, que en nada invitaba a la distracción ni al sano comportamiento, espontáneo y noble habitualmente, de chavales en esa edad en que todo importa, a todo se le saca partido, todo contribuye a individualizarnos y crear nuestra personalidad propia, única.

Día especial era siempre la festividad de San Antón. Cada 17 de enero traía consigo novedades, que rompían la rutina escolar. Muchas de las celebraciones, de origen sin duda pagano reconvertidas con fórceps a la ortodoxia cristiana, tenían que ver con el Santo, con tradiciones en torno a él, con unas desconocidas e inexplicables “vueltas”, con un gorrino lustroso, con un cerdo del concejo, con el rey de los cochinos, con asnos, con la rifa o puja por un animal porcino, con mojígangas centradas en alguno de esos episodios o aspectos parciales, con bendiciones de todo tipo de animales supuestamente domésticos, y también con panecillos, una labor de horno especial para la ocasión y que, conforme a ancestrales creencias populares, una vez pasados por las manos o la peana del Santo y, por tanto, así bendecidos, logran traer fortuna a su portador, haciéndose perdurar el efecto con otra conducta complementaria: cada uno, en su casa, debe guardar un panecillo junto con una moneda durante un año, y renovarlo al siguiente diecisiete de enero. Así se cumplirá la promesa de ser rico, y de que tal fortuna dure.

Don Juan no es excesivamente dulcero. Pero sabe apreciar lo que de bueno tiene la elaboración y la variedad de las labores a fecha fija; no le

duelen prendas, tendrá que escoger, hay panecillos de mazapán, de yema, de mostachón, de limón, de fresa, de dulce de naranja, de polvo de batata, de anís. Incluso ha visto que algún marrullero y bromista hace unos especiales de acíbar, eso sí, con no excesivo ingrediente para que la broma no vaya a mayores. Al final se decanta por probar el de anís y el de mostachón, pues le encanta la pasta de almendra, y piensa que con aquél mejorarán sus digestiones, algo pesadas, necesitadas de un buen eupéptico. Por si acaso tiene razón la tradición, guarda, junto con una moneda de su escasa asignación para gastos personales, un pastelillo para el año que viene en un cajón de su mesilla de noche ya casi repleto con sus pocas pertenencias, incluida una imagen de San José que le hizo llegar su madre antes de morir, y que conservará siempre. No deja de pensar en lo sarcástico de la letra de una cancioncilla que se escucha por estas fechas de mediados de enero y cuyo estribillo recuerda de memoria

“San Antón mató un gorrino
y no me dio las morcillas.
Yo le daré a San Antón
con un palo en las costillas”.

Lo del cochino lo entiende. No cabe ninguna duda de que es un pretexto para meterse con el Santo de la festividad: quien inventó el cantar tenía cuentas pendientes con el Santo o con el colegio. Pero lo que se le antoja que carece de sentido es la representación del final del edificio. Allí hizo Ventura Rodríguez una fuente en la que, sobre una gran concha marina, puesta en vertical, esculpió dos delfines que parece que se entrecruzan. No logra Don Juan hallar cuál es su significado. Le parece demasiado rebuscada la interpretación de que sea una alegoría o una exaltación de la Monarquía, caracterizada por tener siempre uno o varios sucesores o delfines, seres marinos, además, con un especial sentido de la orientación.

Este año Don Juan es el encargado de dirigirse, en nombre de los PP. Escolapios, a la tahona a la que se ha prestado temporalmente la receta para hacer los panecillos, con objeto de que vuelva a su sitio de origen, pues es en esta institución donde se conserva el único ejemplar de un texto, que tiene varias centurias de antigüedad. Según la versión popular, un eremita, que antes había sido dulcero de una congregación religiosa numerosa, dictó la receta a sus antiguos hermanos de la Orden, con la condición de que una vez al año, y por unas semanas, la de antes y la de la octava del Santo, la misma, *gratis et amore*, se pusiese en manos de la comunidad civil más cercana, para que fuese ésta quien durante ese tiempo fabricase los panecillos con arreglo a la fórmula original de su inventor.

El confitero le entrega el codiciado manuscrito. Le apena devolverlo, pero su retina y su memoria guardan, respecto de lo que pone aquél, suficientes

datos como para fabricarlos de nuevo el año que viene sin para ello tener que recurrir al muy preciso texto del eremitaño goloso.

- ¿Y por qué no los hace todo el año?— pregunta Juan obsequioso al despedirse.
- No sé. Es como si al saltarse las tradiciones incurriese uno en una ira imprecisa, que no proviene de nadie, pero tiene tanta fuerza como si viniera de alguien concreto y muy poderoso, capaz de imponernos una conducta.
- ¿Y si, para que no sean iguales ni rompa así esa exclusiva, los fabrica Vd. cuadrados y no redondos, y los vende Vd. como huesos de San Valentín, que también es alguien muy considerado en las Escuelas?
- No es mala idea, chaval. Si los hago, prometo darte una buena porción de ellos. Y seguro que te ayudarán a encontrar novia enseguida. Sabes que San Valentín propicia los noviazgos, es un Santo muy casamentero.
- ¡Quite Vd., buen hombre! No quiero más complicaciones. Bastante tengo con las que se me imponen en el Colegio.

Vuelve Don Juan por sus pasos. Recorre toda la fachada neoclásica del edificio, que se erigió hace más de un siglo, cuando los Escolapios, contentos de su previo éxito docente con las Escuelas Pías de San Fernando, deciden construir esta segunda intentona en 1753 bajo la advocación de San Antón.

El desvalimiento familiar, que le dejó huérfano muy joven, es un mazazo de intensidad considerable. Pero se esfuerza Don Juan en mantener sus tristezas en su interior. Será expansivo —se lo propone, confiando en que así será— acaso solo para las más sonadas alegrías. Sus debilidades y sus vivencias y circunstancias más pudibundas no aflorarán al exterior. No quiere compasión. Se ha ido forjando un carácter en que prevalece una innata o cultivada timidez. Pronto, en cuanto empiece a profundizar en las cuestiones de su futura —ya la entrevé como clara— vocación médica, llegará a la conclusión de que esos caracteres van indisolublemente unidos a su grupo sanguíneo. Es dador universal. Pero receptor tan solo de quienes tienen uno idéntico al suyo; no puede recibir transfusiones de cualquiera, pues son únicos sus factores de hemoaglutinación. Le choca que a esos dadores universales se les haya otorgado la categoría de grupo *cerro*, como si no aportaran nada cuando son, al menos potencialmente, los más generosos y no producen antígenos en los demás. No entiende de dónde viene esa negatividad en la denominación, y que nadie haya puesto de manifiesto semejante contradicción, que a él le parece hiriente. En todo caso, y a pesar de ello, se ratifica en su idea: de él solo saldrá lo positivo para los demás. El resto le pertenecerá, y con él a un círculo muy pequeño, que compartirán con Jáuregui sus vivencias más íntimas. El alumno, según sus maestros, apunta maneras y todos aprecian

en él un fondo serio, severo, pero cargado de manifestaciones cariñosas ante cualquier problema de los demás.

Entretanto, el desarrollo de las clases atrae poderosa y profundamente su atención, presta a asimilar conceptos, historias y ciencias. No es, empero, uniforme el resultado en todas las asignaturas. Parece claro que a D. Juan le van las ciencias experimentales, aunque, como dice él, nunca viene mal un poco de filosofía y cultivar el espíritu. Ya esboza, sin la menor duda, otro carácter indeleble, surgido al cabo de no pocos años de enseñanza religiosa escolapia: aunque su madre se esforzó en que fuese niño creyente, el exceso de celo del cole le va a dejar en el otro extremo del péndulo. Solo a regañadientes, y de forma ficticia, seguirá las prácticas de actos de esa índole. Su corazón y su pensamiento, sin alejarse un ápice de unas exigencias morales que mucho tienen que ver con una generosa solidaridad social, hace mucho tiempo que son de verdad laicos. Quiere —sabe que va a ser así— curar a los demás. Pero la religión no va a ser para él una sanadora milagrosa. El consuelo fácil tendrá que buscarlo en su propia forma de ser, en su honestidad personal. Nada que le pueda venir de fuera como remedio infalible pero a todas luces intangible. Su ya marcado carácter no se lo permite, aunque permanentemente le genere conflicto en su conducta, entre su pensamiento y sus actos exteriores.

IV. La Universidad de San Carlos



Foto dedicada por Carlos VII
a Tomás Jáuregui.

De su ya —y, por desgracia, tempranamente— fallecido padre guarda Don Juan pocos objetos personales. En los sucesivos traslados se fueron extraviando, de entre aquéllos, los de menor valor sentimental. Como oro en paño ha conservado dos muy dispares, aunque acaso relacionados entre sí. Es el primero una foto, dedicada a “Tomás de Jáuregui” por nuestro Rey —carlista, claro está— Carlos VII, nieto del iniciador de esta rama de los Borbón, Carlos M^a Isidro, que, frente a su hermano Fernando VII, sostuvo su legitimidad a sucederle en el trono de España a despecho de una hembra, hija del que en su día fuera “El Deseado”, y que luego reinaría con el nombre de Isabel II. El segundo es una reliquia casi, o así la venera

ÍNDICE

Prólogo	5
Primera parte: Orígenes. Estudios 1882-1904	7
I. Coetáneos. Propósito	7
II. Madrid refugio de carlistas	8
III. En las Escuelas de San Antón.....	11
IV. La Universidad de San Carlos	15
Segunda parte: Primeros escauceos como médico 1904-1911.	21
I. Don Juan el médico.....	21
II. Una “mascá” de adormidera.....	24
III. Casorio a la vista	26
IV. El pisito.....	28
V. Violín nupcial en El Salvador y San Nicolás	31
VI. Primer vástago: Nati	36
VII. Cambio de vida: una meona en casa	38
VIII. Agobios en Madrid. Huida hacia el sureste	40
Tercera parte: Territorio inhóspito. Cuenca 1911-1914	45
I. Cuenca: ¿territorio inhóspito?	45
II. Año y medio en Pozo Rubio	47
III. (siguen en Pozo Rubio).....	50
IV. Belmonte de mis pesares	55
V. Caza de brujas.....	57
VI. Pilar, la belmontina de la familia	62
VII. Escondite en el Castillo	66
VIII. Las autopsias del forense.....	69

IX. Huesos desconocidos. Grimaldos brilla por su ausencia.....	73
X. Los acusados: convictos, confesos y en prisión, pero sin cuerpo del delito	75
XI. Dilución. Olvido. Cumplimiento de pena a la espera de juicio.....	77
Cuarta parte: Madrid: metro, circo, barrios y cafés 1914-1923	81
I. Mayo de 1918.....	81
II. Aproximación al circo	85
III. El Manitas (El buen ladrón).....	88
IV. En el café Castilla.....	90
V. Un chimpancé muy especial.....	94
VI. El mundo concéntrico y excéntrico de los payasos	97
VII. Una comida en Ordicia	100
VIII. Primos toreros	103
Quinta parte: Claroscuros y sinsabores de la vida. Pena contra injusticia: 1923-1930.....	107
I. Aguayos y Jáureguis en San Isidro.....	107
II. Algunos carnets de médico	110
III. Un indulto que no redime.....	114
IV. Febrero de 1926: Grimaldos reaparece	116
V. Condecoran a Don Juan con la Cruz de Beneficencia.....	120
VI. Homenajes que no presagian nada bueno	125
VII. Muere Juanito	129
VIII. Incesante tortura	135
IX. Procesan a Don Juan	139
X. A reponerse a Pechón.....	143
XI. Unos jardineros muy especiales: de asesinos a guardas del Ayuntamiento de Madrid.....	146
Sexta parte: Una República que no contenta a nadie: 1931-1934.....	153
I. El gorro frigio de Kuki y Sirio	153
II. Los amigos republicanos de Don Juan.....	155

III. Nati, farmacéutica.....	158
IV. Don Juan rechaza un cargo público.....	160
V. Veladas varias en el Price.....	164
VI. Blacaman ¿fakir, ilusionista?.....	168
VII. La enfermedad de la risa	171
VIII. Entrevistas a Don Juan.....	173
IX. “JYM”: fórmulas magistrales y cremas	178
X. Se casa Nati. Pilar y Toly camino de ennoviarse	180
XI. A vueltas con el enfisema pulmonar	183
Séptima parte: Guerra fratricida, incivil. Divisiones territoriales, divisiones familiares, divisiones ideológicas: 1935-1938	187
I. Final en Cuenca de su más famoso “Crimen”, inexistente	187
II. Abogados defensores de Don Juan	189
III. Recuerdo del Doctor Baldomero Labarga.	192
IV. Viaje a Cuenca en el coche de “Bicarbonatito” Torres-Muñoz.....	193
V. Pensión vitalicia para Valero y Sánchez	196
VI. Guerra incivil. Guerra fratricida. Divisiones sin cuento: territoriales, familiares, ideológicas. Todo son desgarros	199
VII. Cambios de domicilio, en el Madrid en guerra, hacia Valencia y camino del frente de guerra	201
VIII. La insoportable muerte de otro hijo	207
IX. Cataplasmas para Don Juan.....	210
X. Un testamento vital.....	211
Epílogo	213
Tres capítulos post-mortem.....	213
I. Angulo y Marqueríe evocan a Don Juan.....	213
II. Un homenaje a un abuelo al que no conocieron.....	217
III. Anselmo reúne en Biarritz a varios sobrinos (Pistas para una evocación y una inducción a escribir)	218
Crimen de Cuenca: Cronología básica.....	221

Ver en www.editorialreus.es